

CAPÍTULO III

HACIA EL DESASTRE.

El 23 de Noviembre de 1861, Juárez no organizó sino que colocó en Jalapa, Soledad y Camarón las siguientes fuerzas del ejército regular de la República :

Jefes.	127
Oficiales.	725
Tropa.	10,297 (1).

Casi un mes después, Juárez expidió el decreto que lleva fecha 17 de Diciembre de 1861, ordenando á los Estados que inmediatamente mandaran sus contingentes y además que levantasen guardias nacionales. Hasta el momento de aparecer el ejército francés, quince meses después de haber ordenado Juárez á los Estados la remisión inmediata del contingente de sangre, se habían obtenido los siguientes tristes resultados que prueban la falta de patriotismo de los Estados, con excepción del de Oaxaca (2).

(1) Documentos oficiales. — General Santibáñez. — *Reseña del Ejército de Oriente*, tomo I, pág. 26.

(2) Véase ley de 17 de Diciembre de 1861.

HACIA EL DESASTRE.

147

	Contingente ordenado por ley de 17 Diciembre de 1861	Obtenido hasta Marzo 15 de 1863.
Distrito Federal.	3.000 hombres	6,567 hombres
Oaxaca.	3.000 —	2.130 —
Guanajuato.	3.000 —	624 —
Jalisco.	3.000 —	1.010 —
Puebla.	3.000 —	1.820 —
Zacatecas.	3.000 —	815 —
San Luis Potosí.	3.000 —	1.114 —
México.	3.000 —	1.450 —
Michoacán.	3.000 —	932 —
Veracruz.	3.000 —	680 —
Nuevo León y Coahuila. .	2.000 —	806 —
Tamaulipas.	2.000 —	296 —
Durango.	2.000 —	870 —
Chihuahua.	2.000 —	305 —
Guerrero.	2.000 —	491 —
Yucatán y Campeche. . . .	2.000 —	000 —
Tabasco.	2.000 —	000 —
Aguascalientes.	1.000 —	000 —
Querétaro.	1.000 —	605 —
Colima.	1.000 —	000 —
Chiapas.	1.000 —	000 —
Tlaxcala.	1.000 —	196 —
Baja California.	1.000 —	000 —
Sonora.	1.000 —	000 —
Sinaloa.	1.000 —	000 —
	<u>52.000</u>	<u>20.711</u> — (1)

Oaxaca tenía dos brigadas en las fuerzas del general Uruga en 23 de Noviembre de 1861; contribuyó en todo hasta el sitio de Puebla con 3,785 hombres.

(1) Datos enteramente oficiales, tomados de los estados de las fuerzas que componían el ejército de Oriente y el del centro.

El estado de México comprendía entonces los actuales Estados de Hidalgo y Morelos.

Restando del total el contingente del Distrito Federal, tenemos como contingente de los Estados enviado en catorce meses y medio.

¡¡ 14,144 hombres!!

Tal fué el triste contingente de sangre que ofrecía una población de nueve millones de habitantes, y de esos 14,144 hombres lo menos 13,000 se hubieran ido con gusto á su casa.

14,000 hombres fué el número de soldados que el general Miramón levantó en cuatro meses después de la batalla de Silao, no contando más que con Puebla, Querétaro y la capital, y teniendo entonces recursos muy inferiores á los de Juárez á fines de 1861 y en todo el año de 1862.

¿Por qué los Estados se manifestaban tan poco patriotas? Porque Juárez se conformó con mandar circulares á los Estados para que las desatendiesen ó se burlasen de ellas, mientras que los generales organizadores que hemos tenido obran enérgicamente y levantan fuerzas con rapidez aun cuando el patriotismo aparezca sesenta grados abajo de cero, Juárez se conformó con mandar á la imprenta su decreto y esperó que buenamente se le llenasen Puebla y la ciudad de México de soldados. Conocía muy poco la historia de su país.

Es penoso contemplar el patriotismo de nuestros

Estados. 14,000 hombres de contingente para una población de nueve millones reunidos difícilmente en catorce meses. En 1860, la población de Tejas era de cuatrocientas setenta y ocho mil almas y mandó á batirse á la guerra de secesión á 87,000! Les bóeros con una población un poco menor que la de Tejas levantaron 35,000. Sólo el general Santibáñez puede ensalzar un patriotismo que da 14,000 hombres en catorce meses, correspondiendo á una población de nueve millones de habitantes que delira por la independencia de su país.

*
**

Un plan de defensa nacional es bueno cuando corresponde á las necesidades marcadas por el estudio de esa defensa.

No había más que una necesidad, evidente, indiscutible, imperiosa : prolongar la resistencia el mayor tiempo posible; y para alcanzar ese fin, se discurrió como ya lo he dicho, encerrar á las tropas más disciplinadas, á los mejores jefes y oficiales, á la mejor artillería, al mejor armamento y en suma, á los principales elementos de la defensa en una plaza en condiciones de ser tomada de una manera evidente si el ejército francés procedía con la pericia que su renombre imponía á los mexicanos.

*
**

Una plaza fuerte debe defenderse en vista de dos resultados : para que no sea tomada ó para que sea tomada, pero que su defensa sirva para distraer parte de las fuerzas del enemigo ó ganar tiempo para que se puedan organizar otras capaces de combatir militarmente.

Se defiende una plaza para que no sea tomada cuando su ocupación por el enemigo significa un golpe mortal en la moral de los ejércitos nacionales, como sucede con las capitales de las naciones. Lo general es que tomada la capital de un país por el enemigo, la defensa nacional cesa, á causa del pánico general resultante.

Una plaza debe defenderse para que no sea tomada, cuando sirve de gran almacén de provisiones de boca y de guerra para la totalidad ó parte importante de los ejércitos en campaña. Por último, una plaza fortificada debe defenderse cuando en su interior convergen gran número de vías de comunicación con lugares estratégicos á disposición ó empleados por ejércitos activos. Representando, entonces, centros de movimientos militares debe cuidarse con esmero su conservación.

Sin estos motivos, no debe fortificarse una plaza para defenderse. Puebla en 1863, no era la capital

de la República, ni gran almacén de materiales de boca y guerra para ejércitos activos, ni centro de comunicación para vías férreas ó caminos estratégicos; en consecuencia no debía defenderse Puebla por conservar á Puebla.

Para defender una plaza de conservación necesaria, para que no sea tomada, es indispensable disponer de ejércitos activos capaces de dar batalla campal al enemigo que pretenda sitiarla ó que la haya sitiado. Una plaza que se fortifica para que no sea tomada, expresa un lugar muy temporalmente seguro para enemigos muy débiles en campo raso para el enemigo. Las plazas fuertes sirven para ahorrar fuerzas militares destinadas al cuidado de los grandes elementos materiales ó de movimiento del ejército activo, el cual debe procurar desprenderse del menor número posible de soldados, en vista de que es más fuerte mientras mayor sea su concentración. La plaza fuerte tiene entonces por objeto racional, dar tiempo para que los defensores de los grandes intereses materiales del ejército activo sean por él auxiliados.

Las plazas fuertes también pueden servir en vista de que no sean tomadas, para apoyar operaciones de táctica : un ejército se encuentra en posición ventajosa apoyando una de sus alas en una plaza fuerte ó cubriendo con ella su retaguardia, haciendo infructuosa, caso de derrota, una persecución.

En suma, las plazas que se fortifican en vista de que no sean tomadas, tienen por objeto apoyar operaciones estratégicas ó tácticas de los ejércitos activos, y se entiende por ejército activo el capaz de dar batalla en campo raso al enemigo.

*
**

Una plaza debe fortificarse para ser defendida aun cuando deba ser forzosamente tomada, cuando se trata de distraer, contener ó debilitar á un enemigo que no da tiempo para que un ejército se organice, se concentre ó, en general, para que un ejército activo gane tiempo ó fuerza obligando al enemigo á debilitarse por el sacrificio de sitiar una plaza fuerte ó por dejar á su frente un cuerpo de observación.

Se ve por lo expuesto que las plazas fuertes destinadas á ser conservadas ó sacrificadas, sólo pueden servir para apoyar operaciones de ejércitos activos. Sin la existencia de éstos las plazas fuertes no solamente son inútiles sino profundamente perniciosas.

*
**

¿Cual era el ejército activo en 1863 cuyas operaciones debía apoyar la plaza fortificada de Pue-

bla? He dicho que un ejército activo es el capaz de dar batallas á campo raso con probabilidades de vencer.

En la *Historia militar del general Díaz*, por el general D. Ignacio Escudero, me encuentro estas líneas : « y se retiraban los republicanos de Oaxaca á sus hogares, fatigados de luchar sin elementos y agobiados con las derrotas que sufrían los restos de nuestro ejército, cuando éste no podía combatir contra el francés tan perfectamente armado, municionado y disciplinado (1). »

Lo que el señor general Escudero escribió en 1889, lo dijo el general D. José López Uruga el mes de Noviembre de 1861, cuando era muy oportuno decirlo y el gobierno se lo tomó muy á mal. Un general no debe ser un clubista ni un Tirteo, ni un demagogo, ni un patriota gárrulo. Un verdadero general está obligado á conocer la calidad del enemigo, y la de sus propias tropas á la luz de una verdad tan pura como la geométrica. Un buen general no debe sacrificar á sus soldados exigiéndoles más de lo que pueden hacer. Una nación atacada por excelentes soldados extranjeros, puede ser bien defendida con magníficas, buenas, medianas ó malas tropas nacionales; precisamente la habilidad y grandeza de un general verdadero

(1) *Obra citada*, pág. 83.

consiste en adoptar el sistema de defensa resultante de la comparación de sus elementos de guerra con los del enemigo. El caudillo que para dos mil reclutas mal mandados contra dos mil veteranos bien mandados para que aquéllos sean degollados miserablemente, ni es general, ni patriota, ni siquiera persona. A lo más es un valiente imbécil más que los animales, pues fuera del estado rábico no hay animal entre los mamíferos que ataque de frente á otro mucho más fuerte. El instinto biológico del débil es huir del fuerte. Si no fuera así, la fauna terrestre hubiera desaparecido antes de la aparición del hombre en el globo, lo que hubiera causado la imposibilidad del hombre en su planeta.

Los reclutas cobardes de hoy, tratados como se deben, son los veteranos heroicos del día siguiente; el soldado se forma por evolución, y lo repito, es profundamente imbécil sacrificar reclutas para que la patria no tenga madera con que hacer veteranos. No hay peor calamidad para una nación que tener pretendidos generales empeñados en *napoleonizar* sin tener los elementos para tan excepcional demanda. Un verdadero general está obligado á conducir á los soldados sólo al combate; no á una ejecución ni á la vergüenza de las cobardías.

Cuando hay desigualdad entre la calidad de las tropas beligerantes, se puede sostener la guerra regular compensando la calidad con la cantidad,

siempre que el débil no haya alcanzado el período de desmoralización. La cifra compensadora es cuestión de experiencia y para no exponerse á fracasos que ocasionen la desmoralización se ensaya con cifras exageradas.

Supongamos que para sostener con probabilidades serias de triunfo una batalla á campo raso, se necesitara que el número de soldados mexicanos fuese tres veces mayor que el de franceses. Si el ejército francés alcanzaba, como llegó á alcanzar, la cifra de 35,000 soldados, un buen general mexicano no debía aceptar operaciones de combate si no era manteniendo siempre entre sus fuerzas y las del enemigo la relación de tres á uno.

Con 30,000 máximo de ejército en Marzo de 1863, de los cuales apenas 10,000 hombres serían verdaderos soldados, frente á 35,000 franceses, todos soldados de primer orden, aun cuando hubiéramos tenido generales de la talla de Napoleón I, no hubiéramos ganado al ejército francés una batalla campal.

De todo esto se deduce : si no teníamos ejército activo para la guerra regular ¿ para qué fortificar á Puebla, siendo así que las plazas fortificadas sólo sirven para apoyar operaciones de ejércitos activos en campo libre?

¿Qué objeto sensato tenía, pues, encerrar en Puebla las únicas fuerzas que tenía México, sus

mejores armas, casi todas sus municiones y la mitad de la artillería existente en la nación? En suma, ¿qué objeto tenía encerrar todos nuestros elementos serios de defensa nacional en la plaza de Puebla en 1863? ¿Vencer?

El sitiado vence cuando obliga al sitiador á levantar el sitio.

El sitiador levanta el sitio cuando es derrotado ó teme serlo por un ejército exterior de auxilio. No era éste el caso de Puebla, puesto que no era posible presentar un ejército de auxilio capaz de librar con probabilidades de éxito batalla campal al ejército francés.

El sitiador levanta el sitio cuando el sitiado tiene la fortuna de resistir hasta el momento de alcanzar un cambio climatológico desastroso para el sitiador. En gran parte de Europa y los Estados Unidos, los defensores de una plaza fortificada cuentan con el invierno como un aliado irresistible para que el sitiador levante el sitio. Para Puebla no había ese terrible y siempre vencedor aliado.

El cura Morelos era un gran general y no cometió error cuando se encerró en Cuautla, porque tenía elementos para sotenerse hasta el momento de la llegada de la estación de lluvias. Al general español Calleja lo favoreció el fenómeno imposible de prever de un retardo excepcionalísimo de las lluvias. Con ellas se hubieran producido enferme-

dades destructoras para el ejército sitiador y además la inundación del campo de asedio. Tampoco con este aliado se podía contar en Puebla porque el clima es excelente en toda estación y no hay inundaciones.

El sitiador levanta el sitio cuando no siéndole posible tomar la plaza por asalto, se convence de que tampoco puede tomarla por hambre, como sucede, porque pueda recibir indefinidamente víveres y municiones, que fué el caso de los dos sitios de Veracruz durante nuestra guerra de reforma. No siendo ni pudiendo ser el General Miramón dueño del mar, era imposible tomar la plaza por hambre, á menos que hubieran faltado á los sitiados recursos con qué comprar víveres. No era este ni podía ser el caso de Puebla.

El sitiador puede levantar el sitio cuando el sitiado, haciendo una defensa activa, lo debilita extraordinariamente hasta acabar por derrotarlo ó hasta convencerlo que puede ser derrotado antes de que tome la plaza.

Para el éxito de la defensa activa se necesita :

Primero : que el sitiado tenga toda su fuerza ó al menos una buena parte de ella de la misma calidad ó mejor que la del sitiador;

Segundo : que el efectivo del sitiador sea deficiente;

Tercero : que la actividad de la defensa tenga lugar en el primer período del sitio.

El efectivo sitiador es deficiente cuando no puede sostener el ataque del sitiado debido á la debilidad de su línea de contravalación. Para que una línea de contravalación sea fuerte es indispensable no sobrepasar determinada relación entre la longitud de esa línea y el número de sitiadores.

Todo lo que estoy diciendo debía haberlo sabido el General Don Jesús González Ortega, jefe de la plaza de Puebla y el gobierno de Juárez que tenía la dirección de la campaña.

*

**

Una autoridad militar inglesa dice : « El fin natural de la defensa pasiva de una plaza es la capitulación (1). »

Este concepto es el del adagio español : « Plaza sitiada, plaza tomada » El coronel Blume del ejército alemán escribe : « Casi siempre las defensas pasivas acaban por capitulaciones poco gloriosas (2). »

Por de pronto hay que convenir en que el gobierno de Juárez, escogió como mejor medio de defensa nacional, la destrucción segura del único

(1) Meade, *Plazas fuertes*, pág. 113.

(2) Blume, *Estrategia*, pág. 299.

ejército medio disciplinado de la República; ese gobierno condenó á su ejército á muerte por capitulación; poco importa que una capitulación sea ó nó gloriosa, lo que importaba en 1862, era prolongar á todo trance la resistencia para dar tiempo á los auxilios probables de los Estados Unidos, que eran seguros, porque la conquista de México tenía que ser humillante, perjudicial, imposible para los intereses morales, materiales y políticos de los Estados Unidos.

A ningún gobierno se le había ocurrido antes que al mexicano defender á una nación encerrándose en una plaza para capitular en ella. Los dos sitios de Zaragoza (1808 y 1809) no tuvieron por objeto concentrar en ellos la defensa de España, tuvieron lugar después de la destrucción de seis ejércitos activos y cuando había aún otros ejércitos activos, y la mejor prueba es que la célebre victoria de Bailén fué anterior al segundo sitio de Zaragoza y durante el primero.

¿ Se trataba, encerrando todos nuestros elementos de guerra en Puebla, de salvar simplemente el honor ó de otra cosa más importante, de impedir la conquista de la nación? Si lo que se quería era salvar el honor, era más elegante, más teatral, más caballeresco presentar en batalla campal con el sol de frente á nuestros 24,000 hombres al ejército francés y aguantarse la correspondiente derrota, dar las

gracias por el cruzamiento de armas al adversario y entregar el país al vencedor.

*
**

En la guerra hay que contar siempre con el recurso de los desesperados; los desaciertos del enemigo. Se han dado casos en que el fuerte, por sus torpezas, haya dado al débil un triunfo completamente inesperado. Y los desaciertos del mando francés fueron suficientes para dar el triunfo á los mexicanos, los que no lo obtuvieron porque su jefe el general González Ortega y el gobierno de Juárez, á fuerza de impericia se esmeraron en hacer imposible la victoria.

En cualquier país del mundo, aun en los bárbaros, no se escoge para grandes operaciones de guerra al jefe que ridículamente ha fracasado, mostrando con escándalo su inmensurable ineptitud. En Roma, cuando un Cónsul sufría un descalabro ó derrota, se suicidaba ó perecía degollado por el pueblo ó los soldados; entre los piratas la regla fué colgar del tope del palo mayor al capitán que había cometido una falta grave; las hordas salvajes sacrifican á su dios feroz al jefe responsable de una derrota, y aun suelen comérselo; y en los países civilizados, el general González Ortega, después del Borrego, hubiera pasado á un consejo de guerra á recibir la

sentencia merecida por su incalificable impericia. Pero Juárez dispuso las cosas de otro modo; después del Borrego confió el mando supremo á González Ortega. Esta grave falta corresponde á la responsabilidad personal de Juárez.